

¿Cuál fue entonces el objetivo de la visita de Clinton a China? La agenda de los dos miembros no europeos del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas es diversa. A Estados Unidos le interesaba obtener el compromiso del gobierno chino de que no seguirá vendiendo tecnología militar avanzada a países hostiles a Washington (el caso que más le preocupa es el de Irán). El aspecto económico de la relación bilateral figuraba también en un lugar privilegiado en la agenda de Clinton. Las inversiones estadounidenses en China pasaron de 3.49 miles de millones de dólares en 1990 a 41.67 miles de millones de dólares en 1997. La economía china ha tenido una tasa promedio de crecimiento anual durante las últimas dos décadas del orden del 8 ó 9 por ciento, periodo en el cual su tamaño se ha triplicado. Su mercado potencial, con más de 1,200 millones de habitantes, es pues enorme. Estados Unidos ha insistido en que China debe acompañar su eventual ingreso a la OMC de una reestructuración masiva de su economía, o como prefiere describirlo el Representante Comercial estadounidense, que se una a la OMC “en términos comercialmente significativos.” Hay que recordar que Estados Unidos importa aproximadamente el 70 por ciento de sus bienes de consumo no duradero de bajo precio, tales como zapatos, juguetes y textiles, de China. De ahí el gigantesco déficit mencionado.

Es precisamente el acceso de los bienes chinos al mercado más grande del mundo el que permite a Clinton presionar al gobierno de Jiang. Así, el inquilino de la avenida Pennsylvania instó a su homólogo asiático a que su gobierno se comprometa a hacer respetar en su territorio los derechos de autor y propiedad intelectual estadounidenses. Asimismo, la visita permitió al mandatario estadounidense enfatizar la importancia para el sistema financiero mundial de que China no devalúe su moneda, el *yuan*. Finalmente, la visita sirvió a Washington para refrendar su papel de garante de la estabilidad en la región.

El gobierno chino, por su parte, tenía también mucho que ganar con la visita del mandatario estadounidense. Le interesaba, en primer término, reducir el apoyo estadounidense a Taiwán. En esto su éxito no fue menor. En Shanghai, Clinton afirmó que su gobierno estaba firmemente comprometido con la política de “una China,” esto es, que Washington reconoce que la isla es parte de China continental. Justo lo que los líderes chinos querían escuchar. Otro objetivo del gobierno chino era mantener el acceso al mercado y a los capitales estadounidenses, para lo cual es fundamental una relación cordial con su gobierno. Jiang mostró fehacientemente su interés en ganarse al mandatario estadounidense. Primero, su gobierno anunció una semana antes del arribo de Clinton que firmaría el tratado de las Naciones Unidas sobre derechos humanos y políticos. Luego, en un hecho sin precedentes, permitió el debate entre los dos jefes de Estado, en el cual Clinton expresó la desaprobación de su gobierno a la masacre de la Plaza de Tianamen e hizo un llamado al diálogo entre Jiang y el exiliado líder tibetano, el Dalai Lama, fuera transmitido por la radio.

Finalmente, con la visita del presidente estadounidense China buscaba reafirmar su papel de líder mundial. En este sentido, el comportamiento del gobierno chino ha sido irreprochable desde la óptica de Washington: no sólo se abstuvo de implementar la política de pasarle la cuenta al vecino devaluando su moneda, sino que ha asistido financieramente a algunos de los países más golpeados por la crisis asiática con más de 4 mil millones de dólares. Todavía más importante, China ha cooperado abiertamente con Estados Unidos para frenar la carrera armamentista desatada a partir de las pruebas nucleares de India y Pakistán. Además, China ha sido un actor clave en las Pláticas de Cuatro Partes que sostienen las dos Coreas, y que podrían llevar a su eventual unificación (la otra parte es precisamente Estados Unidos). Así pues, China ha venido consolidando su papel como líder regional y potencial “socio estratégico” de Estados Unidos, algo que por cierto no entusiasma a Nueva Delhi, Taipei y Tokio.

Sin embargo, hay que señalar que la consolidación de la “sociedad estratégica” es por demás incierta. No obstante el pronunciado giro hacia la economía de mercado adoptado por las autoridades chinas desde la muerte de Mao, hace ya 20 años, los sistemas económicos, ya no digamos los políticos, de estas dos naciones, siguen siendo diametralmente opuestos. Aun más, sus intereses en la región no son necesariamente compatibles, como los acercamientos de Beijing a Teherán, Islamabad y Moscú han sugerido en ocasiones. El largo camino recorrido por la diplomacia estadounidense desde la histórica visita de Richard Nixon a China en 1972, debe haber sembrado la duda en el Departamento de Estado en el sentido de que la cuestión no es sólo negociar con los chinos, sino cómo hacerlo. Quizás el siglo XXI confirme que el águila calva estadounidense y el dragón chino de cinco garras están destinados a permanecer en mitologías diferentes.

Arturo Santa Cruz

La influencia cultural china en la organización política y civil japonesa

La indiscutible influencia china a lo largo de buena parte de la historia de Japón adquirió desde sus orígenes características propias. Los cambios políticos en la historia de China, tan frecuentes como drásticos, no permitieron la conformación de un ‘emperador’ en calidad de figura sagrada e inviolable como en el caso japonés, en el que, a pesar de que el poder político del *Tennô* era sólo nominal, la idea de su divinidad le confirió la continuidad dinástica que hoy todavía pervive.

La introducción del budismo y el confucianismo, junto con la de muchas otras ideas exóticas, sirvió en Japón para fortalecer la tradición nativa y para estimular el antiguo culto. Fue solo hasta que los japoneses conocieron el ‘camino de los Budas’, el

Butsudô, que comenzaron a hablar del *Shintô*, 'el camino de los dioses'.

Cuando los chinos conocieron el budismo eran ya un pueblo letrado, acostumbrado a plantearse dudas de carácter filosófico e interesado en la cosmología, de manera que pudieron dominar y traducir algunas de sus principales escrituras y dotarlo de diversos elementos tanto confucianistas como taoístas.

Los japoneses, aunque menos avanzados, no pudieron ignorar la belleza material que acompañaba al budismo. Su interés entonces, antes que por la excelencia espiritual, se sintió atraído por el poder mágico de esta nueva religión lo mismo que por sus rituales. La difusión del budismo en Japón tuvo lugar en un tiempo muy breve y con una impresionante profundidad, caracterizando al periodo Nara por una gran cantidad de templos e imágenes.

La doctrina budista, iniciada con el sermón de Benares, primero de los sermones del 'iluminado', el príncipe indio Siddhartha Gautama, perteneciente al clan de los Shakyas -posteriormente conocido como Buda- ha desarrollado al paso del tiempo un rango metafísico sumamente amplio. Sin embargo, su enseñanza fundamental es breve y simple, de manera que no fue muy difícil para un hombre común del Japón de aquel entonces captar la idea de que todo el universo es un solo proceso de nacer, morir y renacer, lo que involucra un sufrimiento del que sólo se puede escapar con la iluminación —el Nirvana— al comprender la verdad, que es la ausencia del 'ser propio', así ya no se volverá a renacer. Mientras el hombre piense en términos de su propia identidad, esta iluminación no podrá ser alcanzada, y deberá continuar en una infinita serie de reencarnaciones. Es, en fin, la doctrina del *Karma*, cuya esencia señala que ninguna vida es completa en sí, es efecto lo mismo que preludio, condicionada por las vidas pasadas y condicionando las vidas futuras.

Este concepto budista de una interminable procesión de cambios, produjo una fuerte impresión en la mente de los japoneses, y fue sin duda la doctrina del *Karma* la más fuerte y durable de todas las influencias llegadas a sus vidas desde el exterior.

En sus primeras etapas, el budismo no fue en Japón una creencia de carácter popular y, en calidad tanto de vehículo de cultura como de instrumento de poder, estuvo siempre patrocinada y promovida por la jerarquía gobernante en beneficio de sus propios intereses.

Posteriormente, en los siglos XII y XIII, durante la época feudal, el budismo adquiriría nuevamente gran importancia gracias al arraigo que las prácticas de meditación *zen*² tuvieron entre la clase guerrera, los *samurai*, que tras la batalla se recogían en sus sobrios castillos para la meditación, hoy todavía implícita en la ceremonia del té, el arreglo de flores y la caligrafía, en busca de la iluminación, *satori*, que sólo es posible alcanzar a través de una conmoción física y mental.

Por su parte, el confucianismo y el taoísmo, que respectivamente tienen sus orígenes en Confucio y Lao-tsé, llegaron a Japón junto con el budismo también en el siglo VI, y como él juegan un papel de suma importancia entre las ideas chinas tan hábilmente modificadas por los japoneses para adaptarlas a sus propósitos. A lo largo del siglo VII, el sistema de gobierno japonés fue reorganizado en concordancia con las ideas confucianas mientras que su origen mitológico era revisado con base en las ideas taoístas.

La ideología del gobierno japonés estuvo entonces inspirada en el confucianismo, que, adoptado como sistema ético para la burguesía, otorgaba importancia a virtudes tales como la lealtad y el sacrificio de sí mismo, la rectitud, la sabiduría, la sinceridad, el respeto a los superiores y la piedad filial.

El taoísmo, por su parte, propagaba la práctica de la caridad, y sus principios éticos estaban basados en la simplicidad, la paciencia, la conformidad y la armonía, y no fue sino hasta después de su repercusión que el sintoísmo pudo ser observado en Japón como folklore nativo pseudo-religioso.

Íntimamente ligado a la naturaleza como divinidad manifiesta en cada árbol, en cada hoja, en cada piedra o río, el sintoísmo fue desde un principio la religión unificadora del subconciencia nacional. A nivel popular, los rituales del sintoísmo, en especial los ligados a las cosechas y al matrimonio, siguieron siendo observados junto con los rituales budistas como parte de un eclecticismo que llegaría a explicar a las deidades sintoístas como manifestaciones de Buda y levantaría santuarios sintoístas en atrios de templos budistas.

A pesar de que la falta de un sistema de escritura no nos permite conocer al sintoísmo en su forma primitiva, sí sabemos que el taoísmo no logró establecerse en Japón como religión independiente y que su sitio fue ocupado por el sintoísmo, que en la mente de muchos historiadores no es otra cosa que un taoísmo disfrazado.

Desde un principio, el sintoísmo promovió en el pueblo japonés un fuerte espíritu nacionalista. La *Kojiki*, primera crónica de mitos y ritos japoneses publicada en el año 712 con el fin de asegurar el linaje de la familia imperial, está prácticamente dedicada a narrar sus orígenes divinos. La conclusión que con el tiempo terminaría por redefinir al budismo desde la perspectiva sintoísta, es la que nos dice que el trono del

¹En Occidente la palabra Tennô ha sido traducida, una y otra vez, por la de 'emperador'. Sin embargo, ya que esta interpretación no es del todo correcta, he preferido conservar la lectura del japonés.

²Secta china de meditación budista

monarca celestial es inviolable porque por sus venas corre sangre de la diosa del Sol, *Amaterasu*, deidad ancestral de la familia imperial de Japón.

Silvia Novelo Urdanivia

Borges y Cortázar bajo el influjo de la literatura china

Cuando se habla de la narrativa hispanoamericana del siglo XX, es obligado pensar en una lista de autores en los que sin duda se encontrarán los escritores argentinos Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Podríamos pensar en lo ajeno que parecen el uno al otro: Julio Cortázar, el escritor del compromiso social e ideológico en busca siempre de la identificación del ser latinoamericano en su propia tradición, frente a Jorge Luis Borges, cosmopolita y ciudadano del universo, con una visión de la cultura más allá de fronteras territoriales o nacionales. Sin embargo, resulta sorprendente encontrar que ambos fueron seducidos por la ficción fantástica de la literatura antigua de China.

Cómo no recordar *Rayuela*, de Julio Cortázar, escrita al estilo del *I Ching*, el libro de las mutaciones, y el famoso cuento de Borges *El jardín de senderos que se bifurcan*, en donde entreteje bajo el velo de un relato policiaco la historia del laberinto del bisabuelo Ts'ui Pen. O, el cuento de *La viuda Ching, pirata* en el que Borges escoge de entre las mujeres corsarias que, según afirma han existido, «la más venturosa y longeva» que surcó las aguas de Asia, desde el Mar Amarillo hasta los ríos de la frontera del Annam: «la aguerrida viuda de Ching». Pero, nos interesa destacar ahora una selección de textos de la literatura antigua de China que tradujo Borges para la colección de lecturas fantásticas dirigida por él mismo, *La Biblioteca de Babel*.

Bajo el título de *P'u Sung-Ling, El invitado tigre*, Borges reúne 16 cuentos, 14 de los cuales pertenecen al *Liao-Chai* de P'u Sung-Ling que datan del siglo XVII, y los 2 restantes son parte de la novela *Hung Lou Meng, Sueño del Aposento Rojo*. Borges la llama «novela casi infinita» ya que incluye 421 personajes: 189 mujeres y 232 varones. Una traducción completa que no ha sido intentada aún, señala Borges, exigiría tres mil páginas y un millón de palabras. La novela data del siglo XVIII y su autor más probable es Tsao-Hsueh-Chin. Al segundo de los 2 textos que Borges toma de ella, lo intitula *El sueño de Pao-Yu*.

En ese relato, el protagonista Pao-Yu sueña que mientras descansa en un jardín idéntico al suyo se encuentra con otro Pao-Yu que es él mismo. Despierta del sueño y mientras narra lo que ha soñado, nos damos cuenta de que el protagonista aún duerme y que de nuevo el personaje despertará para contar otra vez lo que soñó, estableciendo un círculo infinito que confunde el sueño con la realidad.

Este breve texto nos lleva de nuevo a Julio Cortázar. Si recordamos dos relatos que Cortázar publicó en *Final del juego* (1964), *Continuidad de los parques* y *La noche boca arriba*, nos daremos cuenta que en ambos se repite la estrategia de la confusión del plano real con el de la ficción dentro del mismo texto.

En *Continuidad de los parques*, Cortázar presenta un personaje sentado en un sillón de terciopelo verde leyendo una novela de cuyo contenido nos enteramos por medio de la lectura de ese hombre. Cuando menos esperamos, la novela que el protagonista lee dice que el asesino entra a un lugar donde se ve en «el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela».

Y *La noche boca arriba*, se trata de un joven motociclista que sufre un accidente y en el hospital de emergencias, cuando se encuentra tendido boca arriba en el quirófano bajo el efecto de la anestesia, comienza a soñar que es un joven guerrero que será sacrificado. El sacerdote se acerca con el puñal en alto para descargar el golpe, y cuando el joven se esfuerza por despertar de su pesadilla se da cuenta que su sueño era la realidad y que será sacrificado por ser rehén de la guerra florida.

En los tres casos, los personajes llevan consigo al lector dentro de la ficción invadiendo con ello la realidad de ambos. Borges señala que las extensas novelas realistas que produjo el pueblo chino abundaban en prodigios, precisamente porque eran realistas y, entre ellos, lo prodigioso no se juzgaba imposible, ni siquiera inverosímil.

Por ello, cuando leamos de nueva cuenta a Cortázar o a Borges, conviene recordar que ambos fueron fervientes lectores del *I Ching* y el consejo de Borges cuando decía que el lector no debía olvidar que los chinos, dado su carácter supersticioso, tendían a leer estos relatos como si leyeran hechos reales ya que para su imaginación, el orden superior era un espejo del inferior.

Claudia Macías Rodríguez

Fuentes: Jorge Luis Borges, *Prosa completa*, 2 t. Bruguera, Barcelona, 1980. Jorge Luis Borges (ed.), *El invitado tigre. P'u Sung-Ling*, Ediciones Siruela, Madrid, 1988. Julio Cortázar, *El perseguidor y otros relatos*, Bruguera, Barcelona, 1984.

Influencia de la escritura Kanji en el Pacífico Asiático

China ha heredado al mundo su milenaria cultura. A ellos debemos el invento del papel y la pólvora. Pero los países vecinos le deben, además, su principal filosofía y religión: el confucianismo, el taoísmo y el budismo que llegó de la India a través de China. Entre